

En el homenaje a Marco Antonio Montes de Oca

por Enrique González Rojo Arthur

Cuando me enteré del fallecimiento de Marco Antonio Montes de Oca, y a continuación del pesar que me trajo la noticia, me pregunté a mí mismo qué idea tenía yo de la variada y amplísima obra de mi amigo de juventud -“primo en poesía”, como dice en la dedicatoria que me escribió en la primera página de su *Contrapunto de la fe-* y de la importancia de tal obra en la historia de la lírica mexicana. Creo que es una poesía de altos vuelos, singularísima en la que, en su larga trayectoria, si bien se puede descubrir una natural tendencia al cambio formal y al enriquecimiento temático, hay algo que permanece idéntico a sí mismo y a lo que me gustaría caracterizar como una envidiable *capacidad imaginativo-fabuladora*, reconocida ya por la mayor parte de los críticos. Nadie en la poesía mexicana del siglo XX –no Gorostiza, ni Pellicer, ni Paz, ni Sabines- se puede comparar con él en este punto o en esta sabiduría de la construcción metafórica, enigmática y asombrosa, que se ubica a sus anchas en los linderos entre lo ingenioso y lo genial.

Aprovecho este homenaje para rastrear si no el origen multilateral de su poesía, sí uno de sus secretos más sólidos e indudables: me refiero al *poeticismo*, corriente lírica de fines de los cuarenta e inicios de los cincuenta del pasado siglo, a la que perteneció Marco Antonio y de la que fue partidario no sólo de los principios estéticos que la animaban, sino de algunas actitudes de subversión cotidiana que brindaron granos de sala a nuestra juventud, como lo puede atestiguar Arturo González de Cosío.

Cuando éramos jóvenes, en esta corriente nos dio por pergeñar figuras o metáforas o imágenes a las que de modo muy significativo les colgábamos el nombre de *hallazgos*.

Cada uno de estos hallazgos era algo así como un *concentrado imaginativo*, un cosmos en miniatura o, como diría quizás nuestro poeta, una catedral sumergida en una gota de agua. En cada figura capturada –cuando nos parecía que verdaderamente era digna de

formar parte de la *galería de hallazgos* que celosamente guardaba cada quien en su fardo-, creíamos encontrar el encanto de la sorpresa tomado de la mano de la sorpresa del encanto. Para todos los avatares de la vida, íbamos acompañados siempre, amén de lápices, plumas y gomas de borrar, de pequeñas libretas, cuadernos o cualquier pedazo de papel que consintiera ser el basamento de un milagro. Las gemas que obtenía nuestra prestidigitación creativa a veces se acercaban a la *gilgería*, a veces colindaban con el *haiku*, a veces se confundían con el *epigrama*, y terminaron por ser, como diría Tablada, *poemas sintéticos*, capacidad fantasmagórica del caleidoscopio.

En aquel entonces las figuras eran para nosotros más un fin que un medio. Cada quien tenía en su caja fuerte hallazgos que, pretendiendo ser muy originales y hasta únicos, terminaban por parecerse unos a otros como dos gotas de agua o como si fueran productos de un código genético unificador. Y entonces nos veíamos impulsados a disputar la paternidad de tal o cual de esos poemínimos o poemas reducidos a su mínima expresión. Las reyertas eran frecuentes y hasta hubo algún momento en que intentamos revivir la solución catártica del *duelo* a mano armada en el bosque de Chapultepec.

No sólo no convertimos en “metralletas de metáforas”, cascada de descubrimientos, feligreses de la exuberancia –y Montes de Oca era en el gallinero la voz cantante-, sino que nuestra lectura de entonces de los poetas famosos era la búsqueda, lupa en mano, de sus aciertos, su originalidad, su audacia en la expresión, desdeñando todo lo demás como ingredientes inesenciales del arte de Erato y Calíope.

La concepción que teníamos del poema no era un poema *con* metáforas, una red de descubrimientos, un tejido desigual y combinado de sorpresa. No me cabía la menor duda que Marco Antonio era de todos nosotros el que poseía la imaginación más rica y alucinante. Pero me quedo corto. Montes de Oca, como dije, desde joven, pero cada vez como mayor soltura, perspicacia y madurez, es uno de los bardos con mayor capacidad metafórico-imaginativa de toda la poesía mexicana. Sabía ver lo que nadie

veía, hallaba entre las cosas relaciones desconocidas e innominadas. Y como también en poesía *infancia es destino*, su amor poeticista por hallazgos, por lo inédito escondido, por las construcciones nanométricas prodigiosas o por los poemas largos confeccionados con la pedrería más fina, no lo abandonó jamás. Permaneció fiel como nadie a su pasión adolescente, a diferencia de otros miembros del grupo que fuimos abandonando la idea de la metáfora como fin. Si el poeticismo –del que Montes de Oca decidió muy pronto deslindarse- se caracterizó por la sobre estimación de aquellos juguetes retóricos a los que llamábamos hallazgos, y que a veces resultaban memorables, y lo demás –los problemas de la forma, la unidad poemática, la concordancia entre lo dicho y la manera de decirlo, etc.- pasaba a segundo plano, Montes de Oca en sus diferentes obras –desde *Las ruinas de la infame Babilonia* a sus obras de madurez- continuó siendo de algún modo, y en alguna de sus facetas, poeticista. Es, me parece, el más poeticista de todos nosotros, por más que él y sus críticos, él y el grupo de Paz con el que se alineó, y muchos críticos que desdeñan sus orígenes, no quisieron o no pudieron verlo de ese modo.

Entrar a la poesía de Marco Antonio no es penetrar a una ciudad diseñada *more geométrico* por el urbanista que saca las entrañas del proyecto el trazo aristotélico de la unidad en la variedad. Es internarse más bien en la selva exuberante de joyas sorprendentes e intuiciones excepcionales frecuentemente engarzadas sin orden ni concierto o agrupadas en un frágil y débil fingimiento de unidad. Montes de Oca se queja amargamente en su “Prólogo autobiográfico a su *Poesía reunida* (1953-1970) de que, tras de la publicación de su primer poemario, “Los críticos sólo advirtieron mi ‘exuberancia imaginativa’, molesto estribillo que acompaña cuanto he publicado desde entonces” y haciendo del defecto virtud señala que “mi idea sobre la unidad del poema atiende menos a su secuencia anecdótica que a la complejidad de enfoques y estímulos que la suscitan”. Pese a ello, desde mi punto de vista, en el autor de *Pedir el fuego*, frente a la ingente transparencia y luminosidad de los hallazgos, no fortuitos sino permanentes, se destaca la opacidad y hasta inexistencia de la estructuración general, unitario-conformativa, que requiere el poema ceñido y en trance de

comunicación. Pero seamos justos ¿realmente importa que no haya un orden general en los poemarios de Montes de Oca o que, si lo hay, sea difícil y a veces imposible dar con él, cuando todos y cada uno de los detalles luce una capacidad imaginativo-fabuladora fuera de serie?

Para demostrar mis afirmaciones, basta con abrir algún libro de Marco Antonio, el que sea, en la página que sea y casi me atrevería a decir en los renglones que sea, para descubrir el portento de sus facultades líricas. En la primera página de su primer libro dice: “*la sal, estatua que nace demolida*” (*Ruina de la infame Babilonia*, 1953). En otro sitio leemos: “*Recuerdas a la Camelia / que servía de periódico / a los colibríes*” (*En honor de las palabras*, 1978). En otra página: “*Leo en el sendero / los inquietantes jeroglíficos / de las lombrices de la tierra*” (*Vaivén*, 1986). En un lugar regocijado: “*La mandarina / en su fresca piel / está siempre llovida de perfume*” (*El corazón de la flauta*, 1968). En un rincón de amarga ironía: “*Conque la muerte / obvia como nopal puntuado por sus tunas, / avisa que llega tarde y mal herida / porque se ha puesto a jugar con su guadaña*” (*Vaivén*, 1986). Al final de un poema: “*Pido volar por mí mismo / en vez de ser ayudado por los vientos*” (*Fundación del entusiasmo*, 1963). A mitad de una estrofa: “*un árbol / arroja al suelo todo fruto / para tener las manos libres / y tocar el cielo*” (*Los vitrales de la mariposa*, 1983). En un ámbito en que se desenmaraña una confianza estética: “*El poema de hoy aún no comienza / pero cumple al pie de la letra / la ciencia difícil de su imprecisión*” (*Vaivén*, 1986). A la mitad de una hoja: “*Y perfumes que se sueltan el pelo a media noche*” (*El corazón de la flauta*, 1968). En una frase temblorosa: “*El árbol que nunca alza el pie / para que no se escape su sombra*” (*Copos de sol*, 1984-87). Y en momento lúcido: “*Los sauces lloran por el advenimiento de la claridad*” (*Cantos al sol que no se alcanza*, 1961).

Plantear que Montes de Oca continuó siendo siempre poeticista es, sin embargo, una afirmación reductivista y exagerada. El poeticismo es sólo uno de los ingredientes que conforman la compleja estructura de una poesía que recibió el influjo sustancial del surrealismo y del barroquismo español, además del de Octavio Paz

y de muchos otros estímulos e incitaciones, todo ello reconstruido dentro de un estilo personal e inconfundible.

Una última cosa: La lectura atenta de las metáforas, los hallazgos, las condensaciones de Marco Antonio, independientemente del sentido o falta de sentido de cada poema, nos habla de las inquietudes existenciales, la concepción metafísica, la búsqueda de un sentido de la vida que en veces se le escapa entre los dedos y la vivencia de un erotismo que le estalla a flor de piel, que definen a Montes de Oca como uno de los más extraordinarios poetas que ha dado nuestra patria.

Hacia 1965, en su *Fundación del entusiasmo*, Montes de Oca me puso la siguiente dedicatoria, muy típica de él: “A Enrique González Rojo con la absoluta certeza de que nuestras manos podrían saludarse a través del ojo de una aguja”. Convencido de que le asiste en esto la razón, no puedo menos de sentirme orgulloso de tender mi mano hacia la mano de una de las glorias de nuestra lírica, y dejar testimonio de ello en este homenaje a mi amigo y gran poeta Marco Antonio Montes de Oca.

Domingo 5 de abril de 2009.